



unánimes

Estudios bíblicos

M: Parábolas de Jesús

15.- Parábola de los dos hijos



unánimes

Estudios Bíblicos

M.15.- Parábola de los dos hijos

1. El texto

Mateo 21:28-32

Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero le dijo: “Hijo, vete hoy a trabajar en mi viña”. Respondiendo él, dijo: “¡No quiero!”. Pero después, arrepentido, fue. Y acercándose al otro le dijo lo mismo; y respondiendo él, dijo: “Sí, señor, voy”. Pero no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?

Dijeron ellos:

—El primero.

Jesús les dijo:

—De cierto os digo que los publicanos y las rameras van delante de vosotros al reino de Dios, porque vino a vosotros Juan en camino de justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y las rameras le creyeron. Pero vosotros, aunque visteis esto, no os arrepentisteis después para creerle.

2. Introducción

Como Jesús indica el versículo 32, esta parábola está estrechamente relacionada con el relato inmediatamente precedente... la actitud de las autoridades hacia Juan el Bautista (*porque vino a vosotros Juan en camino de justicia y no le creísteis*):

Mateo 21:24-27

Respondiendo Jesús, les dijo:

—Yo también os haré una pregunta, y si me la contestáis, también yo os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo o de los hombres?

Ellos entonces discutían entre sí, diciendo:

—Si decimos, “del cielo”, nos dirá: “¿Por qué, pues, no le creísteis?”. Y si decimos, “de los hombres”, tememos al pueblo, porque todos tienen a Juan por profeta.

Respondiendo a Jesús, dijeron:

—No lo sabemos.

Entonces él les dijo:

—Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.

Claramente, en estos versículos precedentes a nuestra parábola, se hace evidente que la predicación de arrepentimiento dirigida por Juan a los israelitas no fue creída por las autoridades religiosas de entonces, quienes eran la audiencia primaria de Jesús.

Aquí se plantea el carácter inexcusable de esta actitud. ¿Qué os parece? A fin de hacer justicia a la idea central de la parábola probablemente sea mejor abstenerse de transformarla en una alegoría. No hay que preguntarse: “¿Qué representa la viña?”, etc. Hay que dejar que la historia se desarrolle en la forma que Jesús la relató. Él mismo en los últimos versículos la explicará.

3. El inicio de la parábola

Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero le dijo: “Hijo, vete hoy a trabajar en mi viña”. Respondiendo él, dijo: “¡No quiero!”. Pero después, arrepentido, fue.

El padre de dos hijos pide a uno de ellos que vaya a trabajar en “la viña”. Imaginemos una situación similar hoy en día. ¿No es natural que un padre asuma que no solamente él sino también sus hijos estén suficientemente interesados en ese precioso terreno como para considerarlo la viña de la familia y no solamente suya en forma personal? La respuesta del muchacho, “No quiero”, o “No quiero ir”, tiene también un sonido moderno. Los hijos no han cambiado mucho a través de los siglos. Sin embargo, felizmente eso se aplica aun a la reacción posterior del muchacho: posteriormente “se arrepintió y fue”. Por una u otra razón se sintió mal por su tajante negativa. Lamenta su brusca negativa y va a trabajar.

4. El otro hijo

Y acercándose al otro le dijo lo mismo; y respondiendo él, dijo: “Sí, señor, voy”. Pero no fue.

El padre entonces va con la misma petición a su otro hijo. La reacción de éste es exactamente la opuesta. Su respuesta, “Sí, señor, yo iré” (literalmente, “Yo, señor”) tiene el sabor de un cumplimiento pronto y de buena gana, pero a nada conduce: no fue.

5. Los oyentes

¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?

Dijeron ellos:

—El primero.

Jesús ahora se vuelve a sus oyentes, los que se habían reunido alrededor suyo en el templo, particularmente a los principales sacerdotes y ancianos y pregunta:

¿Cuál de los dos hizo lo que el padre quería? La respuesta era tan obvia que, si iban a dar una respuesta, esta era la única forma posible de hacerlo. La “aplicación” les llega con una fuerza tremenda.

6. La enseñanza

Jesús les dijo:

—De cierto os digo que los publicanos y las rameras van delante de vosotros al reino de Dios, porque vino a vosotros Juan en camino de justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y las rameras le creyeron. Pero vosotros, aunque visteis esto, no os arrepentisteis después para creerle.

Los publicanos eran despreciados por los judíos, especialmente por sus dirigentes. Ellos se prestaban para cobrar los impuestos romanos y agregaban sumas sustanciales para su propio beneficio. Se les clasificaba junto con las rameras o prostitutas, mujeres de mala fama. Los publicanos, por medio de su codicia y extorsión y las prostitutas por medio de su cruda inmoralidad, habían dicho “No quiero” a la demanda de Dios. Eran como el primer hijo de la parábola. Sin embargo, después, como resultado de la predicación de Juan el Bautista, muchos “publicanos” se habían convertido. Ahora aprendemos que las prostitutas también, probablemente en números considerables, habían respondido favorablemente al mensaje del bautista. Habían sido impresionadas por el “camino de justicia” de Juan: su propia conducta justa unida con la conducta justa que él, como profeta de Dios, exigía del pueblo, provocaba que se arrepintiesen.

Es digno de notarse, en relación con esto, que ante la enseñanza de Juan deben haberse arrepentido mujeres también, no solamente hombres. Más y más las puertas del reino se estaban abriendo también a ellas lo que claramente representaba en esa época ir contracultura. Estos publicanos y prostitutas arrepentidos habían dicho “No queremos”, pero después se habían arrepentido, y habían creído.

Por el contrario, los líderes religiosos de los judíos, hombres considerados como bien familiarizados con la ley de Dios y que exteriormente se conducían de un modo como si estuvieran diciendo constantemente: “Sí, señor, haremos todo lo que tú requieres de nosotros, e iremos dondequiera que tú quieras que vayamos”, no lo hacían y no iban. Era con respecto a ellos que Jesús iba a declarar más tarde: “Ellos dicen, pero no hacen”. Habían rechazado a Juan y aun la conversión de los publicanos y las prostitutas por su predicación no había logrado cambiar sus corazones y mentes. Por lo tanto, eran como el segundo hijo. Habiendo rechazado al Bautista, ahora estaban en el proceso de conspirar para cometer el homicidio de Aquel a quien Juan había proclamado.

Fariseos y escribas, al responderle a Jesús “El primero” (el primer hijo hizo lo que el padre quería), ¡se habían condenado a sí mismos! Así que los publicanos y las prostitutas estaban entrando en el reino de Dios antes que estos líderes; esto es, aquellos estaban obteniendo

las bendiciones del reino, de las cuales, por propia decisión, estaban excluidos los hostiles que eran los principales sacerdotes y ancianos y sus seguidores.

7. Conclusión

El sentido de esta parábola está claro como el agua. Los dirigentes judíos eran los que decían que obedecerían a Dios, pero no lo hicieron; los publicanos y las rameraas eran los que decían que vivirían su vida, pero siguieron el camino de Dios.

La clave de la interpretación correcta de esta parábola está en que no alaba realmente a ninguno de los dos hijos. Nos presenta el retrato de dos clases de personas muy imperfectas, de las que una clase es sin embargo mejor que la otra. Ninguno de los dos hijos de la parábola era la clase de hijo que le produce una gran satisfacción y alegría a su padre. Los dos dejaban mucho que desear; pero el que al final obedeció era incalculablemente mejor que el otro. El hijo ideal habría sido el que aceptara las órdenes del padre con obediencia y respeto y que las cumpliera sin discusión ni demora. Pero hay verdades en esta parábola que van más allá de la situación en que se pronunció por primera vez.

Nos dice que hay dos clases de personas en este mundo.

- a. Las personas cuya profesión de fe es mucho mejor que su práctica. Prometen y se comprometen a cualquier cosa; hacen grandes protestas de piedad y de fidelidad; pero se quedan muy atrás en la práctica y el cumplimiento.
- b. Aquellos cuya práctica es mucho mejor que su profesión de fe. Pretenden ser inflexibles materialistas hasta la médula, pero a veces los descubrimos haciendo cosas amables y generosas casi en secreto, como si les diera vergüenza. Profesan no tener ningún interés en la iglesia ni en la religión y sin embargo, cuando se llega al grano, viven vidas más cristianas que muchos que se confiesan cristianos.

Todos nos hemos encontrado con gente así, algunos cuya práctica está a mucha distancia de la piedad que profesan y otros cuya práctica está muy por delante de la profesión cínica y hasta atea que hacen a veces. La verdadera lección de la parábola es que, aunque la segunda clase es por mucho preferible a la primera, ninguna de las dos es perfecta. La persona realmente buena es aquella en que se da en armonía la profesión de fe y la práctica.

Esto puede provocar un análisis de la iglesia moderna. Tenemos por una parte a los cristianos nominales que asisten a iglesias, van a estudios bíblicos y se proclaman creyentes afirmando que Jesús es su Señor. Sin embargo su vida no es consecuente con su fe. Ellos son primero, sus intereses, cuando se contraponen a los del Señor, siempre triunfan. Y los

intereses del Señor siempre están relacionados con amor supremo a nuestro Dios y amor traducido en servicio para nuestro prójimo.

Tenemos a la segunda población, no creyentes que sirven más al desvalido que los creyentes nominales. Ateos mostrando amor al prójimo. Estos avergüenzan a la iglesia nominal mostrando en ellos una ley no escrita relacionada con el servicio desinteresado.

Por otra parte tenemos a cristianos genuinos que no se preocupan por figurar, no se lucen delante de otros y sirven incansablemente a su Señor. Siempre los intereses de Jesús se anteponen a los de ellos; cumplen las leyes pagando puntualmente sus impuestos, pagando lo justo a sus trabajadores y sirviendo a poblaciones en riesgo. No les interesa figurar en púlpitos ni en escenarios, así sea interpretando música de alabanza. Cuando se congregan es para aprender más de su Señor y para adorarle en verdad. Sin duda su conducta es consecuente con su fe.

Además, esta parábola nos enseña que las promesas no pueden nunca ocupar el lugar de las obras y que las palabras bonitas nunca pueden sustituir a las buenas obras. El hijo que dijo que iría y no fue, tenía todos los síntomas de la cortesía y del respeto. Al contestar a su padre le llamó “señor” con todo respeto; pero la cortesía que no pasa de palabras es totalmente ilusoria. La verdadera cortesía es la obediencia voluntaria y agradablemente otorgada.

Por otra parte, la parábola nos enseña que uno puede echar a perder muy fácilmente lo bueno que haga por la manera como lo haga. Puede hacer una cosa que esté bien con una falta de gracia y de agrado que echa a perder toda la obra. Aquí aprendemos que la manera cristiana está en la promesa y en su cumplimiento y que la señal del cristiano es la obediencia cortés y amablemente cumplida.

Aunque esta parábola de los dos hijos, que se encuentra solamente en Mateo, no sea quizás tan conocida como muchas de las otras, de ningún modo es menos importante. En realidad, apenas podría uno imaginarse una lección más importante que la que aquí se enseña. Por supuesto, la lección es esta: El hacer la voluntad de Dios es la única cosa necesaria. ¿No es esa la enseñanza tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento? Y la voluntad de Dios es que los hombres en todo lugar se conviertan y reconozcan al Señor Jesucristo como Señor y Salvador, que le sirvan a su Dios y a su prójimo... para gloria del Dios Trino.

Basado parcialmente en los comentarios bíblicos de William Barclay y William Hendriksen
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995